

## **BAUDRILLARD Y EL FUNDAMENTALISMO ECOLOGICO\***

**Arturo Fontaine Talavera**

La crítica que hace Baudrillard al experimento “Biosfera 2” implica una crítica a lo que podría llamarse el “fundamentalismo ecológico”. En su trasfondo está el intento de negar la muerte y, con ello, la vida. En este artículo se esboza un diagnóstico crítico del utopismo ecológico y se ilustra la cuestión de la negación de la muerte comentando un cuento de Borges: “El inmortal”. Con todo, hacia el final del artículo se sugiere que ha de haber una manera de cuidar y conservar lo natural que no necesariamente ha de ser utópico. Es la actitud que encarna la figura de Noé.

---

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. M.A. y M. Phil. en Filosofía, Universidad de Columbia. Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Director del Centro de Estudios Públicos.

\* Versión escrita del comentario presentado el 23 de marzo de 1993 en el Teatro Municipal de Santiago, tras la conferencia “Sobrevivencia e inmortalidad” pronunciada por Jean Baudrillard. En esta edición se incluyen, asimismo el ensayo de Jean Baudrillard y el texto del comentario que hiciera Martín Hopenhayn en esa oportunidad.

## I

Baudrillard no discurre por el plano de las demostraciones y argumentaciones en sentido estricto. Su estilo de pensamiento se mueve en la línea de lo que Pascal llamó “l’esprit de finesse” en oposición a “l’esprit de géométrie”. Quien piensa según “l’esprit de finesse” encuentra lo que está “delante de los ojos de todo el mundo (...); no hace falta sino tener buena vista, pero sí es preciso tenerla buena”. “Es preciso —dice Pascal— de golpe ver la cosa de una sola mirada, y no por continuación, razonamiento”. Y los principios descubiertos “apenas se los ve, se los siente antes que se los ve”.

Hay una cierta tensión entre la iluminación improvisada que proviene de “l’esprit de finesse” y la belleza de esa aventura que es la demostración rigurosa que proviene de “l’esprit de géométrie”.

“L’esprit de finesse” se expresa a menudo a través del ensayo, y resulta particularmente fértil cuando se intenta dilucidar el *élan* de un momento histórico.

## II

El ensayo de Baudrillard que hemos oído se refiere a lo que se podría llamar el fenómeno del “fundamentalismo ecológico”. Detrás de esa compulsión que quisiera a toda costa preservar cada especie natural, Baudrillard encuentra un esfuerzo por negar la muerte y, con ello, la vida. El experimento “Biosfera 2” es el proyecto que quisiera construir técnicamente un paraíso artificial donde se preserva lo natural, pero en el que no hay basura, ni desperdicio, ni gérmenes mortales. Se trata de la sobrevivencia *à outrance*. Es una utopía milenarista que no cree en la eternidad como trascendencia y que aspira a la perdurabilidad intramundana.

Pero sería un error creer que Biosfera 2 es sólo un experimento entre otros. Según Baudrillard, nuestra vida real está muy cerca de llegar a ser precisamente ese experimento:

Por una parte asistimos al reciclaje de todas las sustancias, a la integración de los flujos y de los circuitos, a la no contaminación, a la inmunidad artificial, el equilibrio ecológico, la abstinencia controlada y el goce bajo control; pero tenemos a cambio derecho a la sobrevivencia y conservación de todas las especies, no sólo vegeta-

les y animales sino también sociales: mujeres, niños, negros, homosexuales. Finalmente, de lo que se trata es de asumir formalmente todas las categorías, de modo que el derecho a la sobrevivencia consagre el fin de la selección natural. ("Sobrevivencia e inmortalidad".)

Más adelante Baudrillard añade:

La vida real, que tiene a lo menos el derecho a desaparecer (¿o acaso existiría un límite paradójico a los derechos del hombre?), es sacrificada por la sobrevivencia artificial. El planeta real, supuestamente condenado, es reducido de antemano a su clon miniaturizado, climatizado (es el caso de decirlo: todos los climas de la tierra son naturalizados y sometidos a la climatización) y destinado a vencer la muerte mediante la simulación total. Si antes se embalsamaba a los muertos para la eternidad, hoy día se embalsama a los vivos en la sobrevivencia. ¿Esto es lo que debemos esperar? ¿Es necesario que, habiendo perdido nuestras utopías metafísicas, tengamos que construir esta utopía profiláctica? ("Sobrevivencia e inmortalidad".)

Hay, al interior del vasto y diverso movimiento ecologista, una franja, un segmento que podría llamarse fundamentalista. Hay muchas maneras de preocuparse por el cuidado de la naturaleza y del medio ambiente; pero hay entre ellas una veta utópica. El experimento Biosfera 2, descrito por Baudrillard, corresponde a esta utopía.

El utopismo verde es una suerte de fundamentalismo secular que comparte con otros fundamentalismos el sustentarse en un misterio: el futuro de la biosfera. Todas las afirmaciones y profecías apocalípticas, todo el código de conductas interdictas (en cuanto a dieta, desechos, material de los utensilios, movilización y otros hábitos), en fin, la teoría y praxis del movimiento, en última instancia, reposa sobre un misterio que los hombres ignoramos. Los ciclos de evolución de los fenómenos son tan largos que no es posible, en general, emitir juicios al respecto sobre la base de experiencias concretas. Los datos son, en general, inciertos o demasiado complejos. Pero, como ocurre en estos fenómenos, hay un pequeño grupo de elegidos que tiene acceso a los misterios y cumplen funciones sacerdotales: son los ecólogos. Estos iniciados son nuestros intermediarios. Sólo que sus señas y traducciones requieren interpretaciones complejas y disímiles, lo cual obliga a remitirse a ellos constantemente para aclarar el sentido de sus textos. Ello da pie a nuevas interpretaciones, y así sucesivamente.

Como en toda utopía estructurada ha de haber aquí una escisión fundante, una llaga. Y su contrapartida, una conducta que reconcilia. Esta praxis es utópica, es decir, por definición frustrante. El cuidado del jardín natural es forzosamente imperfecto, puesto que depende de intervenciones humanas que alteran su vida espontánea, que es lo que se quiere proteger. Las profecías apocalípticas hacen juego con la proposición de esta praxis salvífica. El plan escatológico supone la búsqueda de un estado de armonía con el medio ambiente, en el cual el ser humano no amenace con sus intervenciones la salud y espontaneidad de la naturaleza. Se echa mano, entonces, a la noción del pueblo escogido, confirmándola con la del “buen salvaje”. Se estudian experiencias de remotos pueblos indígenas y de minorías étnicas (generalmente extintas o en vías de extinción) y se realzan sus virtudes perdidas. Lo común es que dichas experiencias no sean generalizables. No importa. Son ilustraciones, vidas ejemplares. Permiten reavivar la fe en que la praxis utópica es posible; de hecho ha sido posible (para algunos individuos, para algunos pueblos superiores). Por otra parte, surgen los ritos correspondientes: abrazar a los árboles, celebrar el “Día de la Tierra” (*Earth Day*)... La inevitable llaga de la caída acompaña siempre a la praxis utópica. Entonces se vive en culpa, lo cual refuerza el sometimiento a la autoridad totalizante del ecólogo. La vida social en su conjunto y en cada uno de sus detalles ha de ser planificada para ajustarse a la visión utópica.

Esta escatología intramundana supone una suerte de sacralización de la naturaleza y acarrea una oposición al humanismo. Es una forma de panteísmo. La Tierra, Gaia, adquiere connotaciones divinas. Así, por ejemplo, según el pensador noruego Arne Naess, es preciso distinguir la “ecología profunda” de la “ecología antropocéntrica”. La primera se basa en un igualitarismo ontológico radical. En lugar del antropocentrismo se proclama el biocentrismo. Se reconoce, entonces, “el derecho (de todas las cosas) a existir y a florecer”. Este es un imperativo ético que recae sobre el hombre: preservar la diversidad sin anteponer sus prioridades en cuanto especie como si fuesen universalizables. “Las rocas —dice el filósofo Rodrick Nash con valerosa consistencia— no son seres morales, pero los seres morales pueden atribuirles derechos, alegar derechos por ellas y representarlas en la obtención de esos derechos...”.

El principio de la preservación de todas las especies à *outrance* regula lo que se entiende por “vida” en Biosfera 2. Baudrillard ha visto, con la singular perspicacia de su “esprit de finesse”, que lo que subyace aquí es la negación de la muerte. Se trata de algo que va mucho más allá de lo meramente ecológico, como pudiera pensarse a primera vista. Más bien,

el fundamentalismo ecológico es una expresión, entre otras, de esta cultura de la sobrevivencia.

### III

Hay un cuento de Borges en el cual el narrador se propone encontrar “la llanura elísea en el término de la Tierra, donde la vida de los hombres es perdurable”. Tras diversas peripecias (no tantas, en verdad, como uno esperaría) el hombre divisa el bello resplandor de la Ciudad de los Inmortales, al otro lado de “un arroyo impuro, entorpecido por escombros y arena”. El hombre, urgido por la sed, bebe como se abrevan los animales y, sin saberlo, se hace inmortal y puede acceder así a la Ciudad de los Inmortales.

La Ciudad de los Inmortales no es un laberinto construido para confundir al hombre. Es un palacio descomunal cuya arquitectura carece de fin. “A la impresión de la enorme antigüedad se agregaron otras: la de lo interminable, la de lo atroz, la de lo complejamente insensato...”. “Esta ciudad (*pensé*) es tan terrible que su mera existencia y perduración, aunque en el centro de un desierto secreto, contamina el pasado y el porvenir y de algún modo compromete a los astros. Mientras perdure, nadie en el mundo podrá ser valeroso o feliz”.

Al desaparecer el horizonte de la muerte, la arquitectura pierde todo sentido; el habitar humano se vuelve intolerable porque pierde justamente su humanidad, sin alcanzar la inocencia de las creaturas que ignoran la muerte. “Lo divino, lo terrible, lo incomprensible, es saberse inmortal”. El hombre que sabe que no puede sino perdurar en este mundo descubre que la muerte es lo que hace que los seres humanos nos conmuevan. “Cada acto que ejecutan puede ser último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño”. Por eso, cuando después de muchos avatares y peripecias, tras haber bebido de otras aguas, se clava una espina... “incrédulo, silencioso y feliz, contemplé la precisa formación de una gota de sangre. De nuevo soy mortal, me repetí, de nuevo me parezco a los demás hombres”. (El cuento se llama “El inmortal”).

### IV

Y, sin embargo, esto no es todo, creo. Porque al asumir la fugacidad y lo perecible, surge la necesidad de transmutarlo, y de hacerlo válido para otro. No basta simplemente con aceptar la muerte. El nihilismo pragmático no resulta vivible. Es un engaño, un simulacro más. Pocos escritores han tenido mayor conciencia de la íntima relación que hay entre caducidad y belleza que Proust: “los verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido”. Y, no obstante, toda su obra no hace sino intentar que el proceso de esa pérdida pase a través de nosotros. Ese rescate de lo vivo en su morir, ese salvataje es una generosidad del hombre mortal, es la capacidad de que su muerte, hable.

Entonces, y para concluir, yo también valoro en la preocupación ecológica lo que hay allí de amor a la vida y a su presencia sobre la tierra. ¿Hay alguna diferencia entre el experimento Biosfera y el Arca de Noé? Creo que sí. Aunque no sabría explicar por qué.